

Brujas de Salem El misterio sin resolver quelas llevó al patíbulo

A finales del siglo XVII, veinte personas fueron ejecutadas en la ciudad americana y alrededor de doscientas pasaron por prisión, donde murieron cinco más. Todo por la acusación de unas niñas de pactar con el Diablo



'Exploración de una bruja', de T. H. Matteson e inspirado en los juicios de Salem.

Nueva Inglaterra, en la costa noreste de los actuales Estados Unidos, era un hervidero de religiones importadas en el siglo XVII. Allí cohabitaban ramas del cristianismo protestante como la puritana, la cuáquera, la anglicana o la anabaptista. Los seguidores de estas corrientes eran fanáticos y se miraban entre ellos con recelo. Muchos habían abandonado Europa con destino al Nuevo Mundo para practicar libremente su religión.

Los puritanos creían en el Diablo, los demonios y las brujas tanto como en la existencia de Dios, ángeles y santos. Estaban convencidos de que las fuerzas del mal se hallaban presentes en la tierra, y que en ella entablaban una furiosa batalla por las almas.

Semejantes ideas no eran nada originales, pero en el Nuevo Mundo cobraban una importancia especial. El objetivo de los líderes puritanos era establecer una sociedad de santos. Y en las regiones vírgenes americanas, abundaban los enemigos: adeptos a doctrinas falsas (de los cuáqueros a los católicos), indios salvajes que vivían en pecado y, por supuesto, traidores disfrazados de hermanos piadosos que en realidad servían a Satanás.

Fenómenos paranormales

A los factores religiosos se sumaba el folclore anglosajón. A ambas orillas del Atlántico se creía en las apariciones de fantasmas y en las travesuras de los poltergeists, fuerzas invisibles que actuaban en las casas provocando fenómenos paranormales. También en los castigos divinos y en las alianzas con demonios para obtener poder.

La brujería formaba una parte importante en este universo. Por insignificantes que pudieran ser los embrujos, lo esencial es que demostraban la presencia del Diablo entre los siervos de Dios. Para complicar las cosas, el Diablo a veces también hacía sospechosas de brujería a personas inocentes.



Juicio a brujas, por William Powell Frith (1848). Dominio público

Este peligro llevó a desarrollar una serie de recursos para distinguir a los auténticos hechiceros de aquella gente falsamente denunciada como tal. Con el tiempo surgieron numerosos "expertos" capaces de determinar si alguien estaba poseído. Estos hombres, generalmente clérigos, solían presidir los juicios por brujería o ser consultados en ellos.

Cuatro niñas hechizadas

Salem era una pequeña villa situada en la costa atlántica de Massachusetts, de población mayoritariamente puritana. Sus habitantes, dedicados principalmente a la agricultura, estaban sometidos a una gran presión. Habían sufrido una mortal epidemia de viruela, temían un ataque de las tribus indias y se disputaban entre sí las tierras más protegidas y fértiles a raíz de un crecimiento demográfico que estaba reduciendo los patrimonios familiares.

A este clima enrarecido se añadía la mentalidad puritana, que atribuía cuanto ocurría a las acciones de Dios y el Diablo, y el perfil patriarcal de esta sociedad, en la que las mujeres estaban totalmente sometidas. No fue casual que el polvorín estallara entre las más insignificantes de todas ellas: las niñas.

A finales de 1689 se trasladó a Salem Village un nuevo reverendo, Samuel Parris, llegado de Boston. Dos años después, su prédica incendiaria y, sobre todo, su ambición personal habían dividido a la población. Algunos feligreses dejaron de contribuir

¿Cómo distinguir a una bruja "auténtica"?

Según las consideraciones de los expertos puritanos, una bruja genuina, por ejemplo, no podía rezar entero el Padrenuestro. Siempre se trabaaría en una frase u olvidaría una parte de la oración. Tampoco podía pronunciar las palabras "Dios" o "Jesucristo". Y sentía dolores agudos si miraba fijamente una Biblia.

a la manutención de Parris cuando pretendió convertirse en el párroco titular de la aldea, lo que incrementaría su sueldo. Otros, encantados con su rigidez puritana, le apoyaban vivamente.

La confrontación entre los vecinos de Salem alcanzó su punto álgido en 1692, cuando cayeron enfermas simultáneamente la hija y la sobrina del reverendo, de 9 y 11 años. Betty y Abigail temblaban, daban alaridos, murmuraban palabras extrañas, reptaban bajo los muebles, pasaban horas recogidas en posición fetal o lanzaban objetos con furia. A estos síntomas se unían los lamentos de las pequeñas, que decían sentir como si las pincharan o cortaran con cuchillos invisibles.

El médico del pueblo diagnosticó, como ya sospechaba el pastor, que no se trataba de una epilepsia o de un brote de locura: las pequeñas estaban hechizadas. Lo peor es que su mal se extendió pronto en Salem. Hasta 15 muchachas comenzaron a comportarse histéricamente. Y como detrás de toda brujería tenía que haber una bruja, las jóvenes empezaron a revelar los espectros de los vecinos que les estaban causando tanto dolor.

La primera acusada fue un chivo expiatorio muy propicio. Una esclava del reverendo Parris llamada Tituba. Nacida en una tribu caribeña, Tituba había contado historias y realizado algunos rituales paganos ante las niñas de la casa. Fue detenida, encarcelada y torturada. No tardó en admitir su culpa.

Los acusados de brujería eran generalmente gente indefensa o que despertaba antipatía en el resto de la comunidad

Pero había otras hechiceras, según las pequeñas. Las siguientes candidatas fueron Sarah Good y Sarah Osborne. Ambas poseían un pésimo carácter, eran pobres y, lo más inquietante, no iban nunca a la iglesia. También fueron arrestadas e interrogadas.

¿Brujas o víctimas?

La nómina de presuntas brujas creció notablemente a partir de ese momento. Las niñas no dejaron de denunciar a vecinos durante toda la primavera de 1692. Se trataba generalmente de gente indefensa o que despertaba antipatía en el resto de la comunidad.

Sin embargo, con el correr de las semanas, a esta clase de víctimas se sumaron otras.

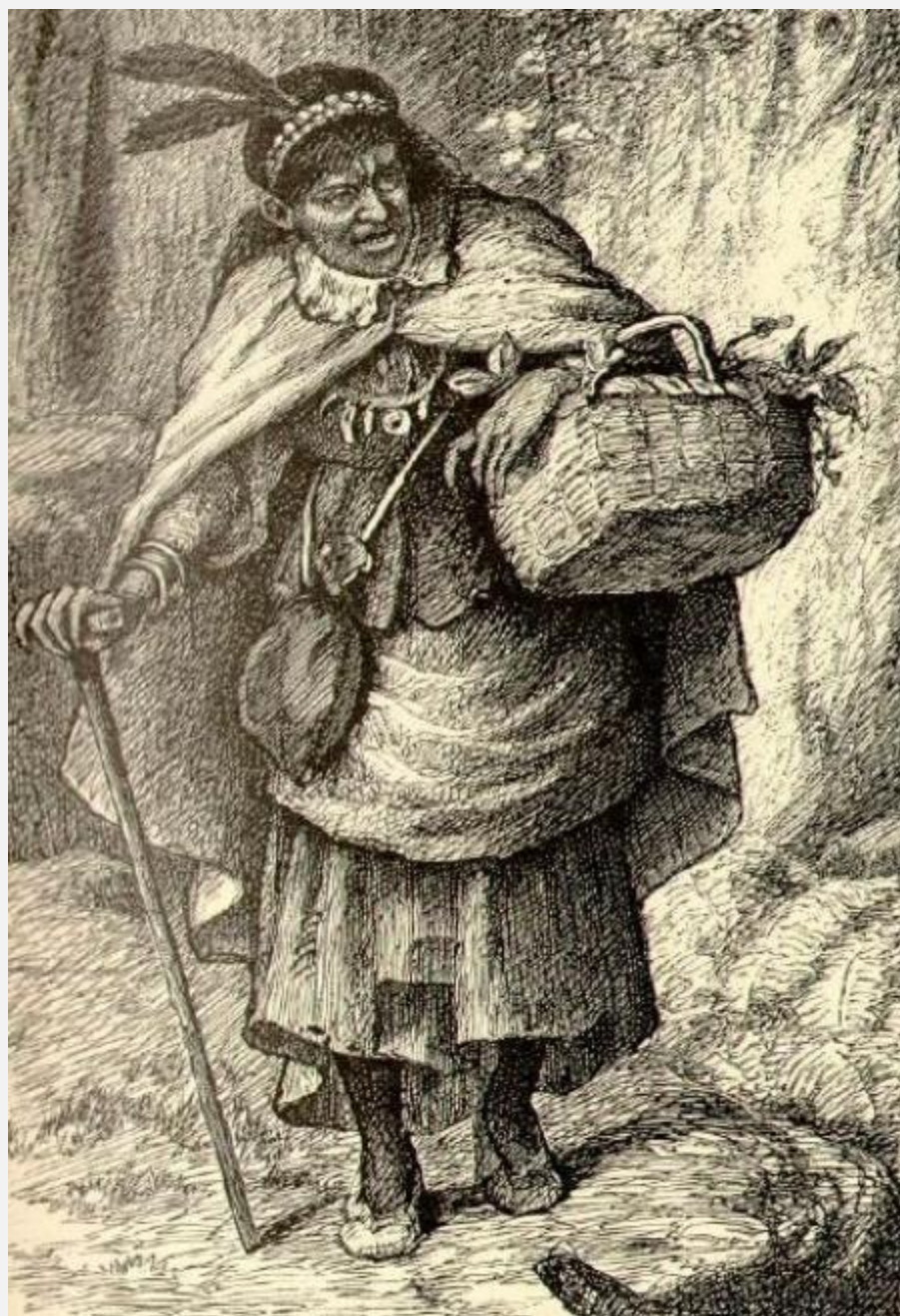


Ilustración de Tituba por John W. Ehninger, 1902.

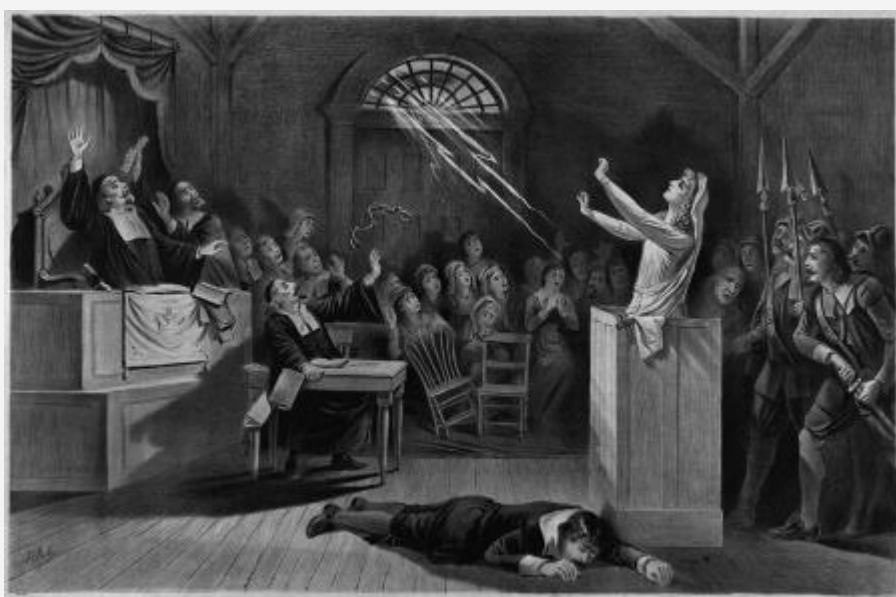
Desde simples niñas como la hija de Sarah Good, de apenas cuatro años, a personas de reputación intachable de la localidad. No hacía falta ser demasiado sagaz para reconocer entre estas últimas un denominador común: sus conflictos con las acusadoras o con sus familias.

El aumento del número de encarcelados (que llegaron a rozar los dos centenares), el prestigio cívico de muchos de ellos y las contradicciones entre las jóvenes denunciantes no hicieron sino tensar las cosas. No solo en Salem, sino también en Boston, comenzaron a sonar las alarmas. Lo que estaba ocurriendo era un escándalo.

Pero si para algunos lo era por la desproporción que estaba adquiriendo el asunto, para otros representaba el masivo ataque del Diablo a la sociedad puritana. Entre los acusados había incluso descendientes de los “padres peregrinos” del Mayflower, como el capitán John Alden, y un ministro de la Iglesia, el reverendo George Burroughs. La comunidad entera parecía hallarse al borde del abismo.

Se instituyó entonces un tribunal especial, compuesto por siete jueces. Su presidente (nombrado por un gobernador en Massachusetts que no sabía nada de la vida diaria en Salem) fue el primer error procesal de una larga cadena. William Stoughton era una eminencia en teología, pero no sabía nada de leyes.

El grupo de jueces aceptó como pruebas las “evidencias espectrales”. Es decir, la convicción de que los acusados actuaban contra las niñas a través de sus espíritus y que podían atormentarlas a kilómetros de distancia. La advertencia de los Mather, cazadores de brujas expertos, de que las evidencias espectrales no eran de fiar, porque se podía encausar a gente inocente, no se tuvo en cuenta.



Siguiendo la costumbre de la época, se empleó la tortura en los interrogatorios. Y era difícil no confesar cualquier cosa con tal de dejar de sufrir. Las audiencias, por otra parte, se caracterizaron por su rapidez. En la sala dominaba el nerviosismo. Las chicas se contorsionaban de repente o proferían alaridos para subrayar la culpabilidad de un acusado.

Nadie se atrevía a desenmascarar esta farsa, debida a la irresponsabilidad,

Litografía representando los juicios.

a creencias estafalarias, al afán de protagonismo, a oscuros intereses o a simple y llana locura. Nadie quería ser el siguiente en la lista.

Una veintena de ahorcamientos se sucedieron durante la primavera y el verano de 1692. Catorce mujeres y seis hombres. Sin contar a los cinco más que murieron en la cárcel, incluida la hija de Sara Good.

Al final, aunque demasiado tarde para muchos, se impuso el sentido común. En el otoño de ese nefasto año, Increase Mather, el rector de Harvard, persuadió al gobernador de que ya no podían tolerarse las evidencias espectrales para condenar a

nadie. El político no solo prohibió ese género de pruebas, también disolvió la disparatada corte local y mandó liberar a buena parte de los procesados.



El reverendo Increase Mather.

Un tribunal superior tomó el relevo poco después. A comienzos de 1693 había excarcelado al resto de los imputados. Era el fin de la caza de brujas.

Lo que continúa sin resolverse por completo es lo que precipitó la histeria colectiva en Salem. Sigue siendo un misterio abierto a la interpretación histórica.

Algunos estudiosos se decantan por explicaciones biológicas. Dicen que pudo haber una larga alucinación masiva provocada por la ingestión de centeno enmohecido (de efectos similares al LSD); un brote de encefalitis letárgica (enfermedad de síntomas parecidos); secuelas mentales de la viruela sufrida poco antes; o que las niñas poseídas padecían el síndrome de Huntington, un desorden neurológico

que se ha detectado por ADN entre los puritanos de la época.

Otros investigadores se inclinan por las motivaciones políticas. Se refieren al vacío de poder, y la inquietud aparejada, que existió en la colonia angloamericana a consecuencia de la revolución de 1688 en Gran Bretaña.

Sin desagravio

Pasaron décadas e incluso siglos hasta que pudieron repararse algunos de los daños causados. Para empezar, las personas ejecutadas, que habían sido excomulgadas, fueron enterradas fuera de los cementerios sin dejar constancia de sus nombres. Este insulto póstumo no pudo subsanarse.

Tampoco tuvieron demasiada suerte aquellos presos que salvaron la vida pero perdieron las propiedades. Las cantidades que se les pagaron como compensación moral y material, a principios del siglo XVIII, fueron irrisorias.

Llegado el siglo XX aún no se había producido un reconocimiento oficial de la inocencia de seis ajusticiados. Sus descendientes tuvieron que esperar hasta el año 2001 para obtener una disculpa en toda regla por parte de las autoridades de Massachusetts.



Dibujo de los juicios de Salem.

También hay partidarios de un argumento social en la crisis. Los enfrentamientos por la tierra cultivable entre familias, el fanatismo religioso, la fuerte desigualdad de hombres y mujeres o la insignificancia de los menores en la comunidad podrían haber sido detonantes del conflicto, sin olvidar pasiones humanas como los rencores y envidias.

Lo más probable es que se tratara de una combinación de estas causas. Un cóctel fatal acompañado por una práctica judicial lamentable.

Tras el escándalo de Salem, ya nadie se atrevió a enviar a Winifred King al patíbulo

El hecho es que el episodio de las brujas de Salem repercutió profundamente en Nueva Inglaterra. Su radicalidad limitó en adelante la influencia gubernamental de los puritanos, que por otra parte fueron relajando poco a poco la rigidez de su doctrina.

Cinco años más tarde se celebró el último juicio contra una bruja en Nueva Inglaterra, Winifred King, no ya en Massachusetts, sino en el vecino estado de Connecticut. Sin embargo, tras Salem ya nadie se atrevió a enviar a aquella mujer al patíbulo.